

# LA PEDAGOGÍA COMO CIENCIA DE LA EDUCACIÓN

Alirio Liscano

**Los** tiempos se han llevado y traído una vieja polémica, tan antigua como la educación misma, sobre los significados de dos componentes básicos del hecho educativo: la Pedagogía y la Didáctica. El dato resaltante, sin embargo, es que el debate que se plantea hoy ocurre en tiempos en que la multidisciplinaridad y la transversalidad impregnan como nunca el conocimiento social, lo que ha revertido sobre este importante fenómeno que es la educación.

Si bien damos por sentado que la pedagogía es una ciencia de la educación, admitimos que en esta función no se encuentra sola, tanto por la mencionada presencia de la didáctica, como porque en el proceso educativo, que es un fenómeno social, vale decir complejo, confluyen otros saberes disciplinares, entre los cuales destacan la filosofía, la sociología, la psicología, la historia, la economía, la política, el derecho y, naturalmente, el sujeto social en su propia circunstancia, en el centro mismo del escenario colectivo.

Digamos desde ahora, con Matthew Lipman, que, en nuestra opinión, la filosofía es un pegamento básico, un homogenizador de toda la actividad educativa. En efecto, la filosofía suministra la vertiente de la ética (bioética), centrada en el zarandeado principio de la vida. En este sentido, la tríada pedagogía-filosofía-ética, se convierte en elemento medular de la educación del presente.

Ni la didáctica ni la pedagogía explican por sí solas el hecho educativo. Contrariamente, actuando juntas y de manera sinérgica hacen las mejores contribuciones a la educación. Mientras la didáctica se ocupa de la relación del sujeto con el aprendizaje, de las representaciones, los medios intelectuales, del cómo aprender; la pedagogía se centra en la resistencia entre los actores, el poder, la ética, la libertad y su trascendencia en el acto de enseñar, vale decir, del cómo enseñar. La didáctica se ocupa de la realidad; la pedagogía reflexiona. En una gran síntesis, tanto la didáctica como la pedagogía se ocupan de organizar, trabajar y explicar la transmisión y apropiación de los saberes, tanto desde la óptica del aprendizaje como de la enseñanza, por lo cual se complementan. Constituyen dos caras de una misma moneda.

Si asumimos de entrada que la didáctica tiene principalmente una carga práctica orientada al aprendizaje, por lo que se ocupa principalmente de la forma de

transmisión de los saberes, lo que determina que exista una didáctica general que podemos desagregar en didáctica de la matemática, de la biología, de la química, de la geografía, del inglés, entre otras; si admitimos que la didáctica se ocupa de hacer llegar, entender y asimilar los conocimientos; si aceptamos, igualmente, que la didáctica es específica, no tendremos dificultad en reconocer que existe la pedagogía y que ella tiene vida propia, pues también posee un espacio que le ofrece especificidad de existencia en el amplio campo de las Ciencias de la Educación.

La pedagogía, en efecto, constituye una reflexión teórica que no se limita a la transmisión práctica de los saberes ni se detiene en la importante realidad del currículo y los contenidos, ni en las competencias atinentes al hecho educativo. La pedagogía se ubica en el espacio-tiempo de la sociedad, en sus valores y principios, y se aventura a proponer cómo debería llevarse a cabo la educación, en qué condiciones y por qué. El rol de la pedagogía es por tanto de proyecciones profundas, abarcador, panorámico y procura la síntesis, aunque se apoya en la fenomenología diversa que caracteriza al aula de clase y a la escuela. Si imaginamos que el maestro pone en práctica los desarrollos de la investigación educativa y crea los mecanismos didácticos para la transferencia de conocimientos, la función del pedagogo será la de crear teoría, con base en esos elementos, en cierto modo torrenciales.

Por esta razón, resulta central la labor de investigación que realiza el pedagogo. No es concebible la aportación de nuevas ideas, concepciones, paradigmas, si no median intensos esfuerzos de indagación, casi siempre relacionados con distintas franjas de los saberes disciplinares. Muchos de los grandes pedagogos (Morin, Meirieu, Freire, Neilly, Lipman, Piaget, Makarenko, Vygotski, Pestalozzi, Avanzini, Rogers, Freinet, Robin, Dewey, Montessori, Uslar Pietri, Prieto Figueroa...), fueron portadores de gran autoridad intelectual, invariablemente basada en el estudio, en la investigación, en la acuciosidad dirigida a desentrañar las claves, lo que hizo posible que alertaran a las sociedades en que les correspondió vivir sobre la contradicción que existía frecuentemente entre lo que se decía y lo que se pretendía hacer o se hacía. Es decir, el pedagogo se plantea la educación como problema y no se queda en los linderos de la transmisión práctica de los saberes. No se encierra en los límites instrumentales

expresados en las habilidades o destrezas que giran en torno del conocimiento. Por el contrario, hace función suya el abordaje de los temas hondos de la educación.

En esta línea, la actividad pedagógica se interroga sobre el siempre complejo contexto social dentro del cual se despliega el proceso educativo; sobre la familia y sus diversas determinaciones; sobre el educador y el educando; sobre los valores a transmitir; sobre las inequidades; sobre las prácticas pedagógicas convenientes o inconvenientes; en fin, sobre los problemas profundos que plantea el hecho educativo.

Si el conocimiento es algo alcanzado y el saber siempre constituye una búsqueda, es obvio que la pedagogía tiene igual derecho de vida que la didáctica. No creemos, por tanto, que la didáctica sea una ciencia mientras la pedagogía no rebasa los límites del discurso. En nuestro modo de ver, tanto la didáctica como la pedagogía son discursos y de la misma manera ambas constituyen ciencias de la educación con similares títulos. La carta de ciudadanía de la pedagogía es la enseñanza, mientras la carta de ciudadanía de la didáctica es el aprendizaje. Por esta razón, por la unión indisoluble que existe entre la enseñanza y el aprendizaje, es también indisoluble la unión entre la pedagogía y la didáctica. En el contexto de ambas vertientes tiene que ser asumido el sujeto, preocupación central del fenómeno educativo. Elementos como la cultura, la sociabilidad y la educabilidad, tienen que ser considerados también por ambas.

Queremos situarnos en un punto especialmente importante. No creemos nosotros que la pedagogía sea la ciencia única de la educación, pero tampoco aceptamos que se le excluya del campo de las ciencias de la educación, en donde ocupa un lugar notable. No compartimos la idea de que la pedagogía no alcanza el estadio de ciencia de la educación ni por su carácter ni por su objeto, considerando impreciso a este último en términos de la organización institucional y con respecto de la no formalización de sus prácticas a través del diploma. El que no ofrezca diploma o que sea una disciplina reconstructiva, como también se la define, no pueden ser asumidos como argumentos condenatorios, enderezados en el sentido de que carece de objeto de estudio. Por el contrario, los datos fácticos hablan con largueza a favor de su reconocimiento como ciencia de la educación.

La pedagogía, por ejemplificar, se acerca al fenómeno educativo de manera más estrecha que la psicología o la sociología por una razón sencilla: está más cerca del sujeto, lo que facilita al pedagogo considerar más y mejor ciertos datos que se dificultan a aquellas, por encontrarse fuera del aula. El profesor, al analizar el cumplimiento de las reglas de clase, el derecho de palabra, las diversas formas de control, violencia y autoritarismo escolar, apoyará sus explicaciones en la relación escolar, mientras que el psicólogo o el sociólogo lo harán desde las motivaciones psíquicas o sociales. Por otro lado,

aunque suene paradójico, las ciencias afines mencionadas han venido alimentando progresivamente su propio bagaje teórico apoyándose precisamente en elaboraciones pedagógicas. No otra razón, por ejemplo, podría explicar la aparición de corrientes educativas como la Psicopedagogía.

Las motivaciones esenciales de la educación renuevan la fuerza vital de la pedagogía, sobre todo en la dirección de levantar los actualísimos principios de la ética de la vida. La educación es el máximo acto de transmisión y por tanto de socialización, que, digámoslo de manera corta, no se ve afectado por la forma como éste se exprese en el escenario social. La educación es la razón de ser de la pedagogía. Por un lado, la educación encuentra su esencia en las dos raíces latinas: *educare* y *educere* (extraer y conducir hacia). En tal sentido, la educación es lo político: crear conciencia ciudadana; lo teológico, se orienta a la trascendencia; y es lo filosófico, porque se plantea una concepción del hombre en un determinado contexto. Por otro lado, la educación responde a las estructuras de una sociedad dada. Esto determina que deba pensarse en distintas formas de educación: familiar, escolar, religiosa, militar, mediática, etcétera, incluidas las expresiones informales de la misma. Estos procesos, naturalmente, manifiestan la presencia de diversos contenidos en términos de valores, costumbres, saberes. Asimismo, la educación se caracteriza porque se ocupa de los conocimientos compartidos entre generaciones, lo que sugiere la existencia de un sujeto diferenciado por su edad (el niño, el joven, el adulto y el anciano). En cada uno de estos tramos la educación tiene que ser pensada en forma particular.

La educación, en su función de transferencia y transmisión de aprendizajes, dentro de determinado entorno cultural, busca inculcar valores, aunque la socialización reconoce, tolera e intenta aprovechar positivamente las relaciones asimétricas. Es más, la educación actual asume el reto de la interculturalidad. Y, finalmente, la educación pretende dotar de autonomía a los sujetos, lo que resulta central para una cultura democrática. Esta labor hacia la independencia de los seres humanos origina cuatro principios contradictorios, sin duda complejos, que ahora nos limitamos a enunciar: el principio de ruptura, el principio de continuidad, el principio de exterioridad y el principio de interioridad, cuya interacción debe coadyuvar al logro de la meta de la libertad. Todas estas razones, igualmente válidas para la didáctica, confirman que la vigencia de la pedagogía como una ciencia de la educación no sólo no está en discusión, sino que, pudiera decirse, está en boga. ☐

---

**Alirio Liscano** (Barinas, 1943). Historiador, diplomático y escritor venezolano, con maestrías en Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales y Diplomacia. Doctorando en Educación. Entre sus libros, cabe citar *Bolívar en tres perfiles* (México, 1996). Representante del gobierno bolivariano de Venezuela ante el Consejo Universitario de la Universidad de los Andes, en Mérida. Es miembro del Concepto Editorial de *Archiipiélagos*.